



DESDE LA CAMA

Te escribo, lector, estas líneas desde la cama. ¿Te las escribo a ti? ¿No me las escribo, más bien, a mí? Acaso ni lo uno ni lo otro. Y ¿para qué te las escribo? Aquí podría hablar de que este oficio de escribir para el público se me ha hecho ya una necesidad... Pero ¿para qué hacer que nos engañamos? Una necesidad, sí, pero... ¡basta!

Me he metido en la cama a curarme un catarro, pero también a curarme de la soledad. De la soledad que me ciñe e invade y aprieta en cuanto me encuentro en la compañía de los otros. Mientras que aquí, solo, cojo los libros de siempre, ya de historia, ya de ficción, y me veo a través de sus héroes convertido en muchodumbre. Ya soy uno, ya otro, y me olvido de ser yo mismo. Lo que no me ocurre en la compañía de esos otros, de los de carne y hueso. Y es así, por sociabilidad, por lo que me aislo.

Y luego, recluso en casa y metido en la cama, a sudar el cuerpo y el alma; el tiempo resbala sin ruido y se va uno muriendo tan dulcemente... A ver si se cura uno de este ansioso y casi febril estado de continua expectación. De expectación, no de esperanza. Aguardamos, pero no esperamos.

El momento culminante del día, el del apogeo de la fiebre espiritual, es cuando me llegan los diarios, los de fuera y el de aquí. ¿Qué habrá pasado? ¿Y nada, no ha pasado nada! Es decir, que ¿todo queda? No, no; es que yo voy pasando. ¿Y no voy también quedando? «¡Aquí no pasa nada!»—exclamamos, mientras vamos pasando como figuras gesticulantes de una película de cinematógrafo.

Cuando viajes en coche; «auto» o vagón de tren, ponte, lector, de espalda a la dirección en que el vehículo marcha. No mires lo que te falta por recorrer; mira desfilir hacia atrás, hacia el pasado, lo que hayas recorrido. Hazte así tu historia del viaje.

El porvenir, el verdadero porvenir siempre está en blanco. Y por eso es tan hermoso para los jóvenes. ¿En blanco? Otros dicen que en negro. Pero lo cierto es que lo que tenemos a la espalda, no lo vemos ni blanco ni negro. El porvenir no existe. No existe más que en el pasado. Nuestras esperanzas—las del que las tenga—no son sino recuerdos. Recuerdos de esperanzas.

Cuando en mi vida de escritor empecé a escribir para el público, ¡tenía tantas páginas en blanco el libro que se me dió! «¿Cómo voy a poder llenarlas todas?»—me dije—. Y fui escribiendo, y fui recordando. Las llenaba con mis recuerdos. Y los hacía. Y ahora, que tengo cada vez más recuerdos, se me disminuyen las páginas en blanco y por llenar. ¡Me quedan ya tan

pocas! Y como me queda tanto por decir—¿por decir, o por hablar?—se me hace menester condensar, precisar, resumir. Bien es cierto que el pasado, lo vivido, el recuerdo, se me condensa, precisa y resume a la vez. A medida que se la vive, se nos achica la historia. Y al salir de la vida—¿para entrar dónde?—hemos de verla en brevísimo epitome.

¿Qué inmensa blancura de porvenir se abría a mis ojos juveniles, aún no miopes, allá en la Restauración, cuando, cerniéndose aún sobre mi cabeza el polvo de la última carlistada, tenía unos pobres y menguados recuerdos—recuerdos de niño—con que llenar tantas páginas en blanco! Y allí fué el comentarlos y adornarlos y parafrasearlos.

¿Ahora? Ahora tiene uno muchos más recuerdos. Sí, pero van estando tan lejos ya... Y a la distancia, todo se confunde. ¡Me era tan grato detenerme a describir el árbol bajo el cual me detuve, junto al arroyo, a soñar en una siesta de primavera! Pero ahora, aquel bosque lejano, que dejé allá, en la falda de la sierra... No dis-

tingo ya si es de hayas o de castaños o de robles... Además, está envuelto en niebla.

Pero esa niebla, ¿dónde está? ¿En el bosque o en mis ojos? ¿No será, acaso, vaho de lágrimas que no han brotado? ¿No será vapor de lágrimas?

¡Las cosas que uno ha escrito, que uno ha dicho! Pero no, no; yo, como los demás que han vivido y viven de escribir—y escriben para vivir—no he dicho más que una sola cosa, me he dicho a mí. Este artículo, lector mío, es el mismo que ya conoces, el de antes, el de siempre, es mi artículo. Este artículo soy yo. Y como tú eres el mismo que ya antes lo leíste, por eso te lo repito. Es para que sientas que seguimos siendo los mismos, que quedamos, que no pasamos. Tú y yo somos uno.

Y no hagas caso, lector, de eso de que nos aguardan acontecimientos imprevistos o sensacionales. ¡Tú y yo lo tenemos previsto todo y nada nos produce ya sensación! ¡Que te lleven de espalda! Esa inmensa blancura que tienes detrás—detrás, no delante, porque vas de espalda—será pronto tragada por una inmensa negrura. Y en ésta descansará la vista. Tu fiebre cerebral viene del reflejo de la luz en la inmensa estepa de nieve. Te la curarán las tinieblas. Y no te pasará nada cuando pases tú.

¡Qué bien se ve la historia desde la cama!

Miguel de UNAMUNO

